

CARLOS YUSHIMITO DEL VALLE

**SUBJETIVIDAD OFICIAL:  
EXILIOS, DESINTEGRACIONES Y OTROS**  
*Una lectura de la crisis social en la narrativa de Alonso Cueto,  
Jorge Valenzuela y Guillermo Niño de Guzmán*

“... por encima del desierto de la crítica  
queremos nuevamente que se nos interpele”.

*Paul Ricoeur*

## I. Observaciones preliminares

Espero que el epígrafe que he tomado doblemente prestado<sup>1</sup> (1) sirva para esbozar, como planteamiento liminar, dos aspectos que animaron la escritura del presente ensayo. Me refiero, desde luego, a una situación hermenéutica y a un lugar de enunciación. La primera tiene que ver con un llamado de atención acerca del vacío, más o menos corriente, en el que la crítica especializada ha dejado a la narrativa breve de los ochentas. A mi entender son dos fenómenos claramente diferenciados los que han terminado por originar el estado actual de este confinamiento. Por una parte, dicho período (que en términos de renovación generacional se concentra casi exclusivamente en el terreno de los cuentos) tiende a ser observado con suspicacia, más como una etapa de consolidación de autores previos —un lugar de madurez y continuidad

---

1 Originalmente empleado como tal por Gonzalo Portocarrero en el prólogo de *Los nuevos limeños* (1999).

para los novelistas de los 50 y los 60— que como un período propicio para el surgimiento de nuevos narradores. Al afirmar que se trata de “una etapa estéril por tímida, en la que no hubo una ruptura formal ni temática con la tradición literaria” (2006), Diego Trelles simplifica este primer prejuicio centrado en un análisis netamente historicista obsesionado por la necesidad de rupturas y renovaciones constantes como un síntoma exclusivo de cambio. No corresponde a este ensayo debatir sobre si un período literario se mide únicamente a partir de su capacidad de reinención o actitud parricida; pero al menos quisiera insistir en que se trata de un período en el que se puede hallar, dentro de sus márgenes, secuencias literarias dignas de análisis<sup>2</sup>.

El otro defecto radica en una tendencia homogenizadora al momento de entregar una visión global del período, sea a través de ensayos críticos, sea con antologías de narraciones breves, ambos ya de por sí bastante escasos. Se tiende a etiquetar con facilidad empleando una clasificación guiada por el excesivo y a veces confuso concepto de ‘generación’ (ese “monstruo histórico”, escribía Julio Ortega en 1981)<sup>3</sup> o términos como “desesperanza” o “fatalidad”, como si se tratara por igual de especificidades explicativas que eliminan las diferencias entre sus distintos productores, sobre todo, al pasar por alto sus contrarias visiones de mundo<sup>4</sup>, mentalidades o lo que Pierre Bourdieu denominara *habitus*<sup>5</sup>. Sólo Ricardo González Vigíl ha entrevisto esta diferencia esencial al dis-

2 Es sintomático que salvo por el tema de la violencia política la narrativa de este período literario no le interese a ningún crítico como para arriesgar estudios generales y orgánicos, como sí ocurre en cambio con la poesía de la misma etapa (ver sobre todo Mazzotti, 2001). Como puede verse en los balances de Velásquez (2002 y 2006), Reinhard Huamán (2006), García Miranda (2005 y 2006) sobre la narrativa reciente, la misma se centra exclusivamente en la narrativa de los 90, obviando el hecho de que la transición hacia la literatura que se produce hoy en día bien puede leerse a partir del proceso de estructuración observado a través de la narrativa breve surgida de los 80, a la que sin embargo no dedican más que líneas bastante escuetas y circunstanciales.

3 Ortega, Julio. “En la mismédula”, *Hueso número* N°9, 1981: 77.

4 En términos de Lucien Goldmann. Cfr. Goldmann *et.al.*, 1969: 205-222.

5 La clase media, tan discutida y problemática de definir, encuentra su mayor coherencia cuando se la estudia a partir de una mentalidad y aspiraciones comunes y no a través de términos estadísticos centrados en el consumo. Cfr. Portocarrero *et.al.*, (1998: 13-34), y Nugent *et.al.* (2003).

tinguir “autores desencantados” de “autores optimistas”, vinculando sus diferentes experiencias literarias “con la experiencia social y la opción ideológica de cada escritor” (1997: 22). Pero esta clasificación, pese a su pertinencia, no ha devenido lamentablemente en un estudio que distinga y explique sus singularidades de una manera más detallada y fuera de un cómodo balance general.

Dicho lo cual, queda claro que dos extremos hermenéuticos se encuentran a menudo cuando nos referimos a este período literario. La década *perdida* de los ochentas oscila, bajo la extraña óptica de los especialistas, entre una intrascendencia que la atomiza y desaparece y una lente cóncava que deforma y pervierte sus rasgos distintivos cuando los observa desde muy lejos. En ambos casos debemos destacar por igual, que bien por omisión o por inercia, hay siempre una tendencia significativa a negar el impacto social de dichos productos culturales dentro de un proceso global más amplio y (según podemos observar en el derrotero que va tomando la narrativa peruana última) plenamente vigente en la actualidad.

Es sobre la base exigua de este “desierto” crítico que quisiera interpelar una visión de mundo. Desde el lugar de enunciación que corresponde al de la clase media tradicional<sup>6</sup>, y a través de sus productos culturales, más específicamente su narrativa breve, este acercamiento quiere entender lo que aconteció en un período especialmente crítico y estructuralmente colapsado de nuestra historia. En tal sentido, se concordará que 1980 es un año fundamental, por cuanto se trata de un año clave desde su apertura democrática, y por cuanto de simbólica y representativa tiene para una colectividad unida por un mismo pensamiento, afectividad y comportamiento. El “desencanto” del que hablaba Niño de Guzmán como característica común de la promoción de 1980 (1984: 7) obtiene su articulación, a mi entender, sólo si pensamos en autores

6 Sobre la pertinencia del término ‘clase media tradicional’ véase el estudio de Desco “¿Las clases medias van al paraíso?” de Toche, Rodríguez y Zeballos (Nugent *et.al.*, pp.105-149), así como Portocarrero, *Op.cit.*

específicos<sup>7</sup> y si la leemos asociándola con dos circunstancias históricas paralelas y correspondientes: a) La idea de un Estado fallido y, por lo tanto, de una institucionalidad rota; y b) La amenaza de un nuevo protagonista social, un *otro* migrante, que supone al mismo tiempo una alteración en el escenario urbano limeño (y en el Estado-nación criollo), a través de lo que Matos Mar denominara por entonces 'desborde popular' (1984). Ambos fenómenos propiciarán, desde lo literario, una secuencia<sup>8</sup> de corte realista relativo y subjetivista (o psicologista, como se ha denominado también) que girará alrededor de ejes comunes como el escepticismo, el aislamiento y la incomunicación.

## II. Exilios interiores: el fin de los compromisos sociales

Al cotejar el discurso de los autores *oficiales*<sup>9</sup> surgidos en la década de 1980 con aquél otro desarrollado por sus precursores de la llamada Generación del 50, es fácil percibir no sólo una agudización del pesimismo y de la sombría subjetividad de sus protagonistas, como bien ha señalado Gonzáles Vigil al comentar los prólogos escritos por Ribeyro y Vargas Llosa a los libros de Sánchez Aizcorbe y Niño de Guzmán respectivamente (1997: 22-23). También (y esto nos interesa sobre todo) una diferencia dramática en su notoria "pérdida de relación crítica con la sociedad"<sup>10</sup>. La esfera sociocultural nutrida básicamente de la pequeña burguesía tiende a un paulatino divorcio crítico que empieza a notar-

7 En efecto, la antología (1986) preparada por Niño de Guzmán es un claro ejemplo no sólo de la producción, sino también del horizonte de expectativas de la clase media limeña de la época. Sólo dos autores (Jara y Zorrilla) son representantes de una categoría que podemos considerar "popular": autores preocupados por reflejar una realidad social subalterna y con clara ambientación regional o periférica. La mayoría, de acuerdo con la visión de mundo del antologador, es de origen limeño y de extracción media y media-alta.

8 Para la conveniencia del término 'secuencia literaria' ver Carlos García Bedoya: "Vanguardia, Nueva Narrativa y el Boom en Hispanoamérica", *Diégesis*, 2005, p.34.

9 En adelante se denominará escritores 'oficiales' a los autores que comparten una misma 'visión de mundo', la de la clase media tradicional. Narrativamente se constituyen en la continuidad de la secuencia literaria surgida tras los 50, y siguiendo a Antonio Cornejo Polar, es aquella que se "liga al largo proceso de modernización capitalista" (1979: 54). Vargas Llosa, Ribeyro y Bryce Echenique se constituyen en sus modelos más preclaros.

10 Ortega, Julio. *Op. cit.*

se más claramente a finales de los 70 y que se consolida en la década que estudiamos. En esta última se sustituye definitivamente el interés contestatario previo (la que supuso la 'militancia ortodoxa' del grupo Narración y la continuidad en la obra de sus miembros más activos, en particular Oswaldo Reynoso, Miguel Gutiérrez y Gregorio Martínez) por la representación de historias más individuales y apolíticas, y proyectos narrativos cada vez más distantes de la ambiciosa totalidad promovida en el escenario del Boom Hispanoamericano.

De esta forma, los autores oficiales ya no se sienten inclinados a representar proyectos colectivos sino, exclusivamente, los estamentos domésticos directamente vinculados con su visión de mundo. Como se ha encargado de señalarlo Niño de Guzmán: [como generación] "prefieren explorar la conciencia, indagar en los destinos individuales, analizar los comportamientos humanos en un mundo caracterizado por la incomunicación y el aislamiento" (1986: 10). Sin duda, el aislamiento es una de las claves para entender la producción que se inaugura en esta década. La evasión o el 'exilio' no debe leerse sólo desde la necesidad de diferencia que surge en la nueva subjetividad criolla frente al cambio de la ciudad 'invadida' por nuevos actores sociales (esto lo veremos, más adelante, en el capítulo siguiente). Este autoconfinamiento se define, asimismo, a partir de la insularidad como opción social y (a) política, nacida de la decepción y posterior escepticismo frente a la real función de un Estado representativo en profunda crisis, incapaz de proteger al sujeto criollo y de entregarle el progreso largamente prometido.

En "La venganza de Gerd"<sup>11</sup> —una de las mejores muestras de los 'cuentos de exilio' que expondrá Alonso Cueto (1954) en sus relatos tempranos (reunidos entre 1984 y 1987 en *La batalla del pasado* y *Los vestidos de una dama*)—, podemos encontrar claros ejemplos de esta última correspondencia social. El narrador homodiegético, un profesor universi-

11 Cueto, Alonso. *Hueso número* N.º.9 (1984: 32-40). Publicado posteriormente en *La batalla del pasado* (1984).

tario que vive instalado en una rutina próspera pero anodina, tras vivir largos años fuera del país, nos ayuda a entender mejor la mentalidad de cierto sector de la sociedad limeña del período.

He trabajado en la universidad durante todo este tiempo y mantuve mi casona cerca del mar. En el país se sucedieron los gobiernos militares y civiles y he tenido poco que ver con casi todos ellos aunque siempre presté atención a algunos de sus personajes y hasta recuerdo vagamente haber colaborado en un proyecto de una especie de gobierno revolucionario. Me casé y tuve dos hijos que atravesaron normalmente todas las etapas que una familia de clase media espera (36).

Para afirmar incluso líneas después: “creo que la ciudad y yo apenas hemos cambiado” (37). Esta indiferencia frente a lo que sucede a su alrededor (recordemos que cronológicamente la etapa que ficcionaliza es la que sufre más cambios estructurales en el Perú) deja en claro que el personaje narrador vive más exiliado en su propia ciudad que en la alejada Atenas, donde muy internamente, sabe que su vida juvenil con Gerd —una exuberante noruega— era “más incómoda y hermosa que ahora” (32). Fuera de la seguridad que le otorga su condición burguesa poco más le atañe, y esto se intuye en desmedro de su conciencia crítica, cómodamente clausurada. La actitud del personaje no sólo enuncia desde su discurso la absoluta indolencia política que estos escritores representarán en sus ficciones, sino una actitud generalizada hacia la vida social marcada por la apatía y el cinismo.

Como sucede en todos los cuentos de exilio desarrollados por Cueto<sup>12</sup>, la condición de ‘exiliados’ de sus personajes adquiere más sentido cuando se la observa simbólicamente. En realidad, en el extranjero o recientemente devueltos al país de origen, éstos viven aislados en un

---

12 Observemos que los exiliados de Cueto gozan del ‘privilegio de la deslocalización’ posmoderna de la que habla Romeo Grompone (1999): son personajes perfectamente asumidos como cosmopolitas, que se mueven cómodamente por diferentes culturas. En tal sentido son precursores de la literatura globalizada que surgirá en los años 90.

estatus, en unas maneras de vida tradicional y en su propia incapacidad para establecer lazos afectivos que los arraiguen fijamente fuera de la conveniente (y muchas veces engañosa) comodidad burguesa. Es interesante notar al respecto cómo frecuentemente esta tranquilidad se muestra frágil frente a reparaciones inesperadas (hijos no reconocidos, amantes rechazadas) que actualizan en los protagonistas perturbaciones o sentimientos de culpa. En efecto, éste es el giro que introduce Cueto en el argumento de “La otra”<sup>13</sup>, un relato donde el esquema anterior se repite casi íntegramente. El protagonista —un cínico intrigante que perjudica a su amiga, Miss Marion, para ganar un rentable puesto de trabajo en la universidad—, se recoge en un encierro vital inconscientemente empujado por la culpa. Una carta de reproche escrita por Miss Marion antes de morir vulnera el escudo de cinismo, su vida de bonanza y seguridad, y lo somete a un estado de sonambulismo sin amor, sin pasión, sin realización alguna. Un estado del que sólo el reproche posterior de la joven hija de aquélla, transfigurada en la madre por unos segundos, le permite una suerte de liberación catártica. “Esta chica”, dice el narrador al final del relato “me está liberando de la agonía que he arrastrado durante todos estos años” (528).

En estos dos cuentos podemos observar una notoria inversión de valores: la seguridad es negativa, pasiva; en tanto que la incertidumbre se vuelve positiva y activa. La primera paraliza; la segunda otorga movilidad. La “seguridad” del burgués ya no es una situación estable, pues hay siempre algo que la perturba, que la interrumpe o clausura, como en este caso, lo que se creía “sepultado en el pasado” (González Vigil: 1997, 522). Y es que, leída desde la crisis, ya ni siquiera el pasado es un aliado; ya no hay *saturnia regna* en que se pueda hallar refugio. El pasado se actualiza y tiende a convertirse en presente. Por eso la madre/amiga muerta u olvidada regresa transfigurada en la hija, perfecta réplica de la primera. Hay, pues, algo que llega para alterarlo todo, un factor exógeno, una fragilidad en las estructuras mismas del orden. Se expresa así, como veremos,

---

13 González Vigil, Ricardo (1997: 523-539). Publicado originalmente en *Los vestidos de una dama* (1987).

una gran vulnerabilidad en las condiciones que la sociedad le ofrece a quienes antes se acostumbraban al confort y a la exclusividad.

Como Don Rigoberto en *Elogio de la Madrastra* (1988)<sup>14</sup>, los personajes que surgen en esta época se regodean en el escepticismo que sienten hacia los ideales colectivos, y su “cómodo cinismo” (Nugent, 1991) los empuja a gozar de un bienestar individual, muchas veces a través de lo que Vargas Llosa describió como un “hedonismo triste” al referirse al espíritu decadentista que sobrevuela los relatos de Niño de Guzmán (1955) en *Caballos de medianoche* (1984). Individuos echados al desgobernio de sus pasiones e instintos, drogas, alcohol y soledad nocturna proliferan; son sustitutos de proyectos de largo plazo vinculados a una institucionalidad sólida (valores y costumbres tradicionales) ahora fracturada de gravedad. La felicidad para estos autores se inspira en el goce inmediato y en la satisfacción a corto plazo, y coexiste en una inevitable sensación de urgencia e incertidumbre que los gobierna. Es sumamente sintomático, en tal sentido, el título de la ópera prima de Jorge Valenzuela, *Horas contadas* (1988), en la que además las relaciones humanas (afectivas y paternas) se ven afectadas al máximo por un apremio más nihilista y desestructurador.

Sin embargo, cabría preguntarse, en este punto, cuál es la ficción social que ha llevado al escepticismo colectivo y al individualismo más extremo —a veces patológico—, que representan los autores oficiales de 1980. No creo que pueda leerse este fenómeno contemporáneo sólo como un brote espontáneo de la nueva sensibilidad posmoderna profundamente influida por las pulsiones del capitalismo tardío y la revolución de los medios como instrumento uniformizador de subjetividades. Es posible leer esta transformación en la nueva sensibilidad limeña a

---

14 Como señala Efraim Kristal en *Temptation of the Word: Novels of Mario Vargas Llosa* (1998), paralelamente al cambio ideológico que experimentó MVLL al asumir el pensamiento liberal de Karl Popper durante los 80, sus personajes también dejan de creer en opciones político-colectivistas, para encerrarse cada vez más convencidos en ocupaciones e ideologías individualistas. Esto también parece replicarse en los autores oficiales del periodo que estudiamos.



través de los cambios sociopolíticos acontecidos, y a la relación entre los miembros del sector social que estudiamos y su idea de progreso modernizador<sup>15</sup>.

En el primer lustro de 1980, la sociedad limeña se halla inmersa en una profunda crisis económica, social, moral y política. Un ambiente de desgobierno cercado por la violencia terrorista y el descontrol de la migración rural y la superpoblación, concluye un largo período que —por excepción del lapso ocupado por el gobierno militar de Velasco Alvarado (1968-1975)— tendía a instalar a la gran burguesía capitalista como poder político en sustitución de la vieja oligarquía. El año de 1980 es, por lo tanto, clave para esta generación por cuanto supuso en su imaginario el comienzo de condiciones idóneas para ejecutar un proyecto de progreso largamente prometido. Este fervor democrático, sin duda, se ve reforzado con la reelección de Belaúnde Terry (1980-1985) al frente de Acción Popular, el partido político que nació agrupando a la nueva gran burguesía capitalista (no olvidemos que entre 1963-1968, durante su primer mandato, su paradigma de desarrollo social fueron las clases medias, algo que finaliza en los 80, cuando el gran interlocutor gubernativo pasa a ser la gran masa de pobres nacidos de las migraciones rurales, a través de planes asistenciales). De ahí que para esta capa social el clima de optimismo que producía la democracia —después de dos largos períodos de totalitarismo político—, desembocara en una sensación de fracaso y frustración mayor, al actuar como una gran lupa sobre los defectos de un Estado representativo que les prometía el progreso y les daba a cambio una realidad cada vez más precaria y violenta.

Conscientes del valor que significa el avance democrático, pero escépticos respecto a que esa sea una real posibilidad en el plano social, sus representantes se perciben expuestos a una situación insular y de alta vulnerabilidad. Estas condiciones en el mundo ficticio, guiadas por una posición desencantada y de auto-concienciación de la crisis que viven

---

15 Para comprender mejor el diálogo sociopolítico y literario en el contexto formativo de los autores del ochenta (entre las décadas de 1950 y 1979), ver: Cornejo Polar, Antonio (1979).

como colectividad, llevará a sus productores culturales a representar una subjetividad amenazada o en estado de descomposición. La representación de familias desintegradas (la familia es, después de todo, la base de la sociedad), la imposibilidad de relaciones amorosas estables, así como una permanente puesta en juicio de valores tradicionales como el amor o la fidelidad, son con frecuencia los ejes temáticos de las historias, a juego con la idea de un Estado débil, y por lo tanto, de la ineficacia e incompetencia de las instituciones. Relativizándolo todo, estos autores llevan al extremo una visión de mundo colapsada bajo el 'desencanto' del progreso fallido y la desintegración de su orden simbólico.

No es extraño por eso que el protagonista de "La venganza de Gerd" afirme que menosprecia "las certezas cotidianas de la casa, la familia [...]" y al mismo tiempo diga que las "necesita al fin y al cabo" (1981: 37). La familia es una forma más de estatus que una necesidad emocional, un forzoso convencionalismo al que debe someterse para conservar las formas sociales que él asume como 'felices'. En un efímero balance de madurez, elude la manía "moralista" propia de los viejos que le echarían en cara su vacío existencial; con lo cual, recubierto en esa coraza de cómodo cinismo, cierra los ojos a su fracaso como persona plenamente realizada. Los beneficios burgueses que ha elegido vivir en desmedro de sus pasiones y sueños de juventud no lo perturban; se satisface por el refugio que le proporciona lo que Anthony Giddens denominara 'seguridades ontológicas' (1991).

El protagonista de "Blues de un lunes neblinoso"<sup>16</sup> se reúne en un estado casi letárgico con su novia, quien insinúa un reciente aborto, "hubiera sido un estorbo" (1984: 93). El vacío afectivo entre ambos se hace denso y la incomunicación, un velado reproche. De camino a casa, absorto en las sensibilidades que se abren al mundo exterior, no puede más que sentirse presa de la "asfixia moral" que lo rodea (la ausencia de hojas) y vulnerable frente a las relaciones humanas quebradas:

---

16 Niño de Guzmán, Guillermo. *Op. cit.*

Altos y cansados ficus se alzaban a ambos lados de la calle. Habían perdido la mayor parte de sus hojas y parecían niños enormes y desnudos, arrojados de pronto al temblor oscuro de la noche (94).

En el resto de cuentos que conforman *Caballos de medianoche*, los personajes se entregan al alcohol y a la compañía de prostitutas para sustituir sus carencias afectivas. Buscan simulacros compensatorios. En el mundo ficticio de Niño de Guzmán, el desamor y el abandono son constantes muestras de desintegración individual, pero sobre todo colectiva. Los protagonistas no tienen arraigo en hábitos gregarios; y su amistad es sólo pasajera, al igual que sus relaciones amorosas, siempre impedidas o condenadas al fracaso. La cerveza —“su sabor era áspero y delgado como el filo de una navaja” (1984:69)—, está más vinculada a la autolesión que al disfrute y a la socialización. La falsa compañía, el espejismo de una sociedad donde no hay interacción posible, nos recuerda lo que cita Portocarrero: “El tribalismo del que habla Maffesoli, como característica central de nuestra época, permite trascender el aislamiento, pero en forma limitada, en relaciones efímeras, que no son íntimas ni personales” (1998: 24). La evasión oculta un *exilio* existencial y sin duda revela el estado de una clase que se encuentra paralizada y sin proyectos latentes.

La institucionalidad burguesa, criticada en el trasfondo de estas historias, se quiebra desde todos los ángulos posibles. Así, una mujer traicionada espera a su marido en un bar y le dispara sin vacilaciones (“El olor de la noche”) y una voluminosa cantante de jazz esconde a su bebé muerto en un guardarropa (“Good morning, heartache”). En este mundo de seres sonámbulos, las relaciones familiares (los afectos de los círculos conyugales y parentales)<sup>17</sup> expresan, como vimos, una profunda crisis estructural. La desintegración matrimonial —constante en toda la literatura del período— significa que ya no “hay más una apuesta por el futuro, un proyecto de pareja” ni intención “de perpetuarse a través de

---

17 Mendoza García, Rosa. “El divorcio entre las clases medias intelectuales”. Portocarrero et al. 1998: 255-264.

los hijos” (Mendoza, 1998: 257). Ésta es la más clara correspondencia con la desintegración social que percibe la clase media en la década de los ochenta, en la que prevalece una tendencia a la entropía, un viaje hacia el caos desarticulador de valores e instituciones integradoras que anula la seguridad y hace de la incertidumbre una forma de vida. El fin de la confianza en la institucionalidad, en los planes de largo plazo, justifica una existencia en la que sólo lo inmediato (aunque falso y escapista) adquiere verdadero significado<sup>18</sup>.

### III. Exilios exteriores: La incomunicación con el otro

Uno de los relatos que, a mi entender, representó mejor el estado de crisis social y moral de la década de los ochenta se titula “El secreto de Marion”<sup>19</sup>. De atmósfera oscura y decadentista —por lo demás, características afines de buena parte de la producción literaria de su autor, Jorge Valenzuela (1962)—, su anécdota principal reelabora el viejo complejo de Electra: la historia de la hija que regresa años más tarde al hogar patriarcal para ocupar el lugar que ha dejado vacante la madre muerta. El mundo de sustitución (la hija nuevamente supliendo a la madre, como vimos en los cuentos de Cueto) reactualiza el pasado, uno que, a diferencia del presente en crisis, se recuerda lleno de prosperidad. Pero el tiempo parece haber corroído todo a su alrededor; el tiempo detenido, como la imagen de la madre de la cual el padre no puede liberarse. La angustia que paraliza a ambos alrededor de su muerte le imprime a todo el relato un trágico espíritu evocativo, que es el que la hija, con su trasgresión, ha llegado para exorcizar. Repitiéndose constantemente que “todo volverá a ser como antes” (1988:40), este deseo la remonta al pasado y la encierra en una paulatina introversión, tan explícita como aquella otra que caracteriza al padre que ha ido a recobrar.

18 Para una lectura sobre la situación anómica de la sociedad peruana a partir de los años ochenta, ver el ensayo de Hugo Neira: “Del desborde de Matos Mar a los desbordes. llave y polladas. Retorno a la cuestión de la anomia”. En *Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después* (Matos Mar et al, 2004: 163-182).

19 Publicado por primera vez en *Horas contadas* (1988). Las citas de las páginas deberán seguirse tomando la versión incluida en *La sombra interior* (2006).

Como era previsible, llegaron las primeras cartas de sus amigos del trabajo, pero no las respondió. Confirmaba el remitente con un gesto de indiferencia y luego las rompía sin abrirlas. Cuando se cumplió un mes de su regreso y su padre se convirtió en la sombra incrustada en el recuerdo de su esposa, el diálogo se interrumpió y ella pasó a convivir consigo misma, como lo había intuido desde el principio sin aceptarlo (1988:42).

Nuevamente nos encontramos con un relato que gira en torno al aislamiento. Tanto padre como hija viven exiliados en su pasado y, aislados en esa vieja casona arruinada, tras los jardines invadidos por la maleza salvaje y la verja que los aparta de la ciudad, transmiten, como vimos líneas arriba, una clara incomunicación social. Pero en este punto, tal vez haya que remarcar una correlación más directa entre la insularidad y la añoranza, una herencia directa de la conciencia criolla ya representada en la literatura de los años 50. Como afirma Sara Rondinel, al analizar el imaginario criollo de dicha etapa, los personajes de Julio Ramón Ribeyro revelan una subjetividad que los vincula a la ciudad sólo a través de la nostalgia, del pasado transformado por la modernización. Como habitantes tradicionales, pero desclasados ahora, defienden su legitimidad frente a los cambios urbanos con que el progreso de la modernidad ha ido quitándoles su próspera arcadia. “Tanto el temor al saqueo como el desprecio por el invasor se remonta entonces a la mentalidad criolla y al discurso de la clase dominante limeña, algo que el resto de la sociedad también reproduce en la actitud de desconfianza en sus relaciones sociales” (Rondinel, 1998: 66).

Sin embargo, si la representación de la conciencia criolla nos revelaba —en las obras de Ribeyro o Bryce Echenique— constantes como el escepticismo, la resistencia de clase o la desconfianza hacia el otro (los nuevos ricos provincianos que desplazaban a los limeños tradicionales o la nueva élite burguesa que desplazaba a los añejos oligarcas, respectivamente), son otras sensibilidades sumamente hostiles las que los diferencian de los narradores de los ochenta. Sin duda, la mayor de todas,

es la clausura de la comunicación. En Ribeyro como dice Rondinel, los personajes armados de sus valores tradicionales intentan, pese a sus dificultades y frecuentes fracasos, “la búsqueda de la propia identidad en el otro, el interlocutor” (69). Sus desencuentros no les impide la voluntad de entenderse en un nuevo espacio social. Esto explica, por ejemplo, que autores como el mismo Ribeyro o Enrique Congrains documentaran el cambio que las migraciones estaban produciendo en las periferias limeñas. Por oposición, en los ochenta, un período en el que la explosión demográfica y el gran rebrote del éxodo andino<sup>20</sup> situó en el debate público esta nueva realidad, el mundo subalterno de las barriadas convertidas en ‘pueblos jóvenes’ apenas existe en los textos narrativos por omisión.

Por lo pronto, ningún escritor oficial se interesa por el contexto de sus extramuros, y su negación resulta sumamente sintomática. Al respecto, la radicalización de la incomunicación con el otro, al punto de negarlo, se corresponde con la subjetividad que ha producido un orden simbólico alterado a través de lo que García Canclini denominó ‘hibridación’. La tensión se traslada a la ciudad de un modo más profundo que el observado en los años cincuentas; las barriadas no son ya sólo espacios ocupados en las periferias sino modos de pensar e interactuar que afectan, progresiva e irreversiblemente, la economía y la cultura del país. En estas tres décadas de transformación, la oposición clásica entre los representantes del Perú ‘oficial’ y el ‘otro Perú’<sup>21</sup>, ha dejado de ser alejada y, por lo tanto, cómoda e invisible. Lima se ha convertido, en pocos años,

20 En 1940 el 17% de la población peruana vivía en áreas urbanas y el 65% lo hacía en zonas rurales de la sierra. Estas cifras se permutan de una manera excepcional y ya para 1984 es el 65% de la población la que habita en zonas urbanas. Para este mismo periodo, asimismo, la población peruana se había triplicado. Matos Mar, 1984: 43-46.

21 Sin duda alguna, la obra de Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado* (1984), fue la más influyente entre las publicadas en dicha década. El nuevo escenario urbano, entendido a partir de un dualismo estanco, enfrenta una dicotomía cultural entre lo ‘oficial’ (la cultura criolla dominante) y lo ‘popular’ (los ‘nuevos limeños’ de origen andino). Estos últimos, en un pronóstico más emotivo que objetivo, estaban llamados a ‘regenerar’ la ciudad, desbordando leyes e instituciones inoperantes, a la manera en que los bárbaros europeos absorbieron a la exhausta y decadente Roma imperial.

en un “macrocosmos nacional a pequeña escala”, y la tensión generada a partir de la proximidad que han producido la migración y el proceso de hibridación en marcha, se materializa en la subjetividad de las clases altas y medias a través de un sentimiento de rechazo, una resistencia de clase ante la amenaza del *otro*.

El fenómeno de la insularidad está relacionado directamente no con el reconocimiento de esta alteridad, sino con la comprensión repentina de que, como clase social, ahora son los sectores oficiales quienes se han constituido en una nueva minoría. En el ‘nuevo rostro’ que asoma tras la transformación de Lima, el otro no es sólo abstracción —como lo fuera en el Perú oligárquico—, ni es un fenómeno naciente que merecía documentarse —como en la mentalidad de la Generación del 50—. Es ahora una realidad más compleja que se ha convertido, casi literalmente, en “el monstruo del millón de cabezas” de Enrique Congrains. Este hecho trastoca el concepto de marginalidad, haciendo que sea la clase media quien asuma su propio espacio marginal dentro de la nueva metrópoli. En tiempos de modernidad “los reductos de la vieja dominancia se retraen ocupando un espacio cada vez más disminuido [...] afloran los islotes culturales de la élite, que antes representaron la continuidad de las tradiciones criollas y mestizas coloniales, pero ahora, se rinden a patrones europeos o norteamericanos de la sociedad post-industrial” (Matos Mar, 104).

De regreso al relato de Valenzuela, no es extraño por eso que Marion rompa cualquier nexo con el exterior y se refugie en el pasado que representa la casa familiar en ruinas. Fuera, lo exógeno, lo ajeno, la hace sentir vulnerable y “desprotegida, completamente sola en un mundo que la atemoriza” (1988:44). Al transgredir los valores tradicionales con el incesto, fuerza un simulacro de realidad y se condena voluntariamente a un aislamiento definitivo, alejada de los ojos censuradores de la sociedad. Esta relación endogámica puede leerse, así, a través del elitismo propio de la época que propició una evasión en la clase dominante, con un explícito rechazo hacia lo popular. “Cambiar a veces resulta más difícil que

aprender a vivir” (1988:43), afirma la protagonista. Y esta certeza, en el fondo, parece fortalecer su decisión final lejos de propiciar una reacción objetiva que la haga abrirse al mundo. Vivir en el autoengaño (vestida con el viejo traje de su madre y convertida por lo tanto en su burda imitación), o mejor, insertarse en la burbuja exclusiva de una ciudad que ya no es la misma, pero en la que *pretenden* —en términos de Bourdieu— seguir viviendo, es mucho más fácil que cambiar mentalidades y promover aperturas inclusivas. Después de todo, aun el circuito literario en que estas obras circulan durante el período (vigente y mucho más afianzado en la actualidad) expresa visiblemente esta suerte de endogamia autárquica. Replicado entonces simétricamente el concepto de homogeneidad con que Cornejo Polar describiera la literatura de la Generación del 50 —en la que “todas las instancias del proceso literario”, es decir, su producción, el texto resultante, su referente y su sistema de distribución y consumo, se movilizan y confluyen “dentro de un mismo orden sociocultural” (1982: 72)— se trata también de una literatura producida por y para un mismo sector urbano, y por lo tanto de un monólogo que habla de referentes y horizontes de expectativas comunes.

Pero estas evasiones, como vimos en el capítulo anterior, no otorgan la estabilidad deseada en el mundo ficticio. La sensación de vulnerabilidad que manifiestan en su exposición al exterior, muchas veces sobrepasa las barreras de su aislamiento conformista, tal y como podemos interpretar las venganzas que alteran el orden del burgués en los cuentos de Cueto. Si en “La venganza de Gerd” la perturbación se genera por el silencio impersonal que la joven viajera entrega a su padre negado, en “La otra” es dada por una carta, un mensaje que interpela de manera unilateral e irreversible, pues se trata del mensaje de una persona muerta. De este modo, las venganzas que alteran y paralizan la comodidad del personaje burgués nacen de la incomunicación misma, de un diálogo clausurado, imposible entre personajes que callan lo que deberían decir y que dicen cuando ya no hay posibilidad de respuesta. Que el ‘otro’ venga con un mensaje para el que no hay contestación —resaltemos aquí el hecho de que Cueto ‘culpe’ o ‘vengue’ las deslealtades, la falta de



moral por encima de la traición, a través de mujeres *extranjeras*, es decir, a través de una otredad implícita—, y que el narrador (desde su posición central en la diégesis) sea castigado, paralizado precisamente cuando su falta de moralidad lo ha posicionado en una situación de prosperidad que no le produce conflictos, revela mucho más de lo que dice. Esta incomunicación, desde luego, se corresponde con la relación claramente no dialógica que existió en la sociedad limeña de los años ochenta; con el clima de desconfianza al que contribuye la violencia, pero que se genera sobre todo porque el Perú oficial no tiene intenciones de integrar al otro; con un estado en que la migración se constituye en un mensaje unilateral, gente que ha llegado a las periferias, acortando las distancias de la indiferencia, para hacerse oír en igualdad de condiciones o por lo menos en una situación de cercanía que venga la exclusión con su presencia, ahora incómoda, antes permanentemente negada.

#### IV. Exilios y fatalidad

Hay algo inevitable en la formación de los niños, algo que beben de nosotros y que es la suma de nuestros defectos. Algo que intuitivamente los atrae y condena: una reproducción de aquello que los padres más odiamos (Valenzuela 2006:133).

Estas palabras del narrador de “Después de mi padre” (1991)<sup>22</sup> reproducen plenamente otra característica de la relación “parental” corroida por la crisis, planteada ahora desde una insularidad de tipo existencialista. La introversión que clausura definitivamente cualquier relación con lo exterior, con cualquier vínculo afectivo y que eleva, hasta un punto máximo, el escepticismo con un nihilismo que sólo puede ser resuelto con la autodestrucción. En estos casos específicos, seres incapaces de interactuar, comunicarse y resolver conflictos, optan por el suicidio como única solución posible. Esta representación máxima de la desintegración social, a través de la auto-desintegración, revela el espíritu deshumaniz-

22 Publicado por primera vez en *La soledad de los magos* (1994). La cita proviene de la versión incluida en *La sombra interior* (2006).

zador que se halla tras este falso arropamiento social y representa la in-comunicación más extrema posible que es, finalmente, la muerte. Así, perdida la fe en las instituciones —como vimos en el capítulo anterior— e incluso en el ser humano, la fatalidad brota a tal punto que termina por configurar el fracaso como un estigma. Por eso el padre de este relato decide suicidarse (y con él, 'suicidar' también a su hijo) abriendo la llave del gas: busca una muerte "silenciosa" que se corresponde con el deseo de la no-comunicación, en tanto la realización de ésta, tras el abandono de la madre, sólo puede condenar al hijo a repetir el destino paterno; la comunicación es el medio por el cual se traspasa este mal hereditario, razón de sufrimiento y miseria, un círculo vicioso sin posibilidad de remedio excepto por la disolución de la estirpe maldita.

"Caballos de medianoche"<sup>23</sup> se anticipa en algunos años a esta anécdota, pero en su caso el suicidio del padre no se justifica; la evasiva de los motivos, elípticos, sigue a pies juntillas la teoría del iceberg de Hemingway (a quien Niño de Guzmán toma como una influencia casi tutelar) y hace de los lectores partícipes de la misma clausura de la comunicación que, bajo la apariencia de inofensiva charla, poco antes ha acontecido entre padre e hija. El escamoteo o el abierto silencio que expresan esta comunicación fracturada queda claramente enunciada así, no sólo en el estilo sino también en la poética misma del autor. El abandono físico y moral que se manifiesta en el padre, perturbado por el abandono conyugal, no se refleja en las escenas que se reproducen en el *penthouse* que lo cobija; por el contrario, la calculada, progresiva preparación que lo llevará al suicidio (y al asesinato de su hija) narra desde la objetividad de los diálogos y la mirada distante del narrador una crisis velada, apenas sugerida, pero cuyas causas están negadas en definitiva tanto para la niña condenada a muerte como para los lectores que lo descubren en las últimas líneas. La casa aquí funciona como un refugio final pero en un sentido inverso: este ámbito privado le permite la ejecución de su crimen, lejos también de los códigos éticos o legales de una sociedad en la cual ha dejado de creerse.

---

23 Niño de Guzmán, Guillermo. *Hueso* número N.º8 (1981: 38-45).

## V. Coda

Dada la brevedad de esta exposición frente a la complejidad y extensión del tema, he procurado plantear *grosso modo* un acercamiento comprensivo al trabajo de algunos de los principales autores oficiales de los ochenta (Alonso Cueto, Jorge Valenzuela y Guillermo Niño de Guzmán)<sup>24</sup>, así como a las estructuras significativas en las que dichos representantes de la clase media tradicional insertan, como sujeto colectivo, su nueva subjetividad social. Mientras el orden simbólico no se recompone (es decir, tentativamente, hasta 1992, cuando el Perú ingresa abiertamente a la economía de mercado), todos ellos están inscritos en un período de aislamiento, transitorio y 'enfermizo', que nos recuerda en lo esencial a la etapa decimonónica del decadentismo francés. Como afirma Calinesce (1991), frente a los períodos de crisis se produce siempre un necesario ejercicio de autoconcienciación que lleva al pleno entendimiento de lo que se percibe como un período de decadencia. Este cuestionamiento también, a través de la literatura, puede servir para explicar procesos de estructuración, motivados por la supervivencia colectiva de una clase dominante. A mi entender, es lo que documentan estos escritores, y el conjunto de su obra puede leerse, como afirmaba Goldmann, no como un reflejo mecánico de lo acontecido en esa larga década, sino como un instrumento de toma de conciencia que ha terminado por 'perfeccionar', a través de sus poéticas, la sensibilidad de toda una conciencia colectiva criolla alterada por el escepticismo, el aislamiento y la incomunicación. Esperamos que estos esbozos preliminares alienten, como señalé al iniciar este ensayo, un debate que incorpore el período de los ochentas a las agendas de discusión contemporáneas, y que esta dialéctica nos permita entender mejor lo que esta etapa de transición significa para nuestro futuro.

---

24 Por motivos de extensión, lamentablemente tuve que dejar de lado los interesantes trabajos de Carlos Schwab, Mariella Sala y Pilar Dughi, los que sin duda complejizan y por lo mismo enriquecen la explicación de este período.

## Bibliografía

- ARAUJO LEÓN, Óscar (Selección, prólogo y bibliografía). *Cuentos peruanos. Generación del 80*. Lima, Fondo Editorial Cultura Peruana, 2004.
- BOURDIEU, Pierre. *La distinción*. Barcelona, Taurus, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Razones prácticas*. Barcelona, Anagrama, 1996.
- CALINESCE, Matei. *Five Faces of Modernity: Modernism, Avant-Garde, Decadence, Kitsch, Postmodernism*, Durham, Duke UP, 1987.
- CORNEJO POLAR, Antonio. "Hipótesis sobre la narrativa peruana última", en *Hueso Húmero* N.º 3. Lima, Campodónico Editor y Mosca Azul Editores, 1979.
- \_\_\_\_\_. *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1982.
- COX, Mark. R. (Selección y estudio preliminar). *El cuento peruano en los años de violencia*. Lima, San Marcos, 2000.
- CUETO, Alonso. "La venganza de Gerd" en *Hueso número* N.º 9, Lima, 1984.
- \_\_\_\_\_. *La batalla del pasado*, Lima, Apoyo (2ª edición), 1996.
- \_\_\_\_\_. *Los vestidos de una dama*, Lima, Peisa, 1987.
- GARCÍA BEDOYA, Carlos. "Vanguardia, Nueva Narrativa y el Boom en Hispanoamérica", en *Diégesis* N.º 8, noviembre de 2005.
- GARCÍA MIRANDA, C. "De críticos, novelistas y otros bribones. Un acercamiento a la narrativa peruana en los años noventa", en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, N.º 27. Universidad Complutense de Madrid, 2004: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/peruana.html>. Consultado el: 27 de octubre de 2006.
- \_\_\_\_\_. "Agendas narrativas: Una lectura de la narrativa peruana última", en *Espéculo. Revista de estudios literarios*. N.º 33 Universidad Complutense de Madrid, 2006: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero33/agendas.html>. Consultado el: 5 de noviembre de 2006.
- GOLDMAN et al. *Literatura y sociedad. Problemas de metodología en Sociología de la Literatura*. Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1969.

- GONZALES VIGIL, Ricardo. (Selección, prólogo y notas). *El cuento peruano. 1980-1989*. Lima, Ediciones Copé, 1997.
- GIDDENS, Anthony. *Modernity and Self Identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Polity, Cambridge, 1991.
- GROMPONE, Romeo. *Las nuevas reglas de juego. Transformaciones sociales, políticas y culturales en Lima*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1999.
- HUAMÁN MORI, Reinhard. "Panorama editorial y literario de la literatura peruana actual", en *Paralelo Sur Revista de Literatura*, N.º4. [http://www.paralelosur.com/revista/revista\\_dossier\\_024.htm](http://www.paralelosur.com/revista/revista_dossier_024.htm). Consultado el 1 de enero de 2007.
- KRISTAL, Efraín. *Temptation of the Word: Novels of Mario Vargas Llosa*. Liverpool, Liverpool University Press Ed., 1998.
- MATOS MAR, José. *Desborde popular y crisis del Estado: el nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1985.
- MATOS MAR et al. *Desborde popular y crisis del Estado: el nuevo rostro del Perú en la década de 1980. Veinte años después*. Fondo Editorial del Congreso de la República, Lima, 2004
- MAZZOTTI, José Antonio. *Poéticas del Flujo. Migración y violencia en el Perú de los 80*. Lima, Fondo Editorial del Congreso de la República, 2002.
- NIÑO DE GUZMÁN, Guillermo. (Selección y prólogo). *En el camino. Nuevos cuentistas peruanos*. Lima, INC, 1986.
- \_\_\_\_\_. "Caballos de medianoche" en *Hueso Húmero* N.º 8, Lima, 1981.
- Niño de Guzmán, Guillermo. *Caballos de medianoche*. Seix Barral, Barcelona, 1984.
- NUGENT, Guillermo et al. *La clase media ¿existe?* Lima, Desco, 2003.
- NUGENT, Guillermo. *El conflicto de las sensibilidades: propuesta para una interpretación y crítica del siglo XX peruano*, Instituto Bartolomé de las Casas, Lima, 1991.
- ORTEGA, Julio; OQUENDO, Abelardo y LAUER, Mirko. "En la masinédula", en *Hueso Húmero* N.º 9, Lima, 1981.

- PORTOCARRERO, Gonzalo et al. *Los nuevos limeños. Sueños, fervores y caminos en el mundo popular*. Lima, Sur/Tafos, 1999.
- PORTOCARRERO, Gonzalo. *Ajuste de cuentas: las clases medias en el trabajo de TEMPO*. Lima, Sur/Oxfam, 1998.
- TRELLES, Diego. "¿Qué hay detrás de la ventana? Nuevos y noveles narradores peruanos", publicado originalmente en *Quehacer* 161. Desco, Lima, 2006. Versión digital: <http://www.letras.s5.com/dt250906.htm>. Consultado el 8 de noviembre de 2006.
- VALENZUELA, Jorge. *Horas contadas*. Lima, Editorial Colmillo Blanco, 1988.
- \_\_\_\_\_. *La soledad de los magos*. Editorial Colmillo Blanco, 1994.
- \_\_\_\_\_. *La sombra interior*. Lima, Laberintos, 2006.
- VARGAS LLOSA, Mario. *Elogio de la madrastra*. Bogotá, Arango Editores, 1988.
- VELÁZQUEZ, Marcel. "Nuevos sujetos y escenarios de la novela en los 90", en *Ajos & zafiros*, Lima, 2000.
- \_\_\_\_\_. "Cinco jaulas en busca de un pájaro", en *El Dominical*, suplemento del diario *El Comercio*, Lima, 5 de noviembre de 2006.
- VICH, Victor. *El caníbal es el Otro. Violencia y cultura en el Perú contemporáneo*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2002.